

La fruta

riqueza agrícola de nuestra villa

Como ya es sabido, la prosperidad de la vida económica de Torroella se debe, principalmente, al aprovechamiento total de sus tierras de cultivo. No existe parcela de tierra, bien sea de secano o de regadío, que no se la haga producir.

Y entre la gama de productos que recoge el esforzado agricultor, destaca, por su considerable volumen comercial, la variedad frutera.

Aunque para muchos parezca increíble, el cultivo de los frutales en nuestro país con un fin eminentemente comercial, sólo data de principios del presente siglo. Antiguamente aquella producción sólo quedaba reducida al puramente aficionado o, si se quiere, a aquellas familias acomodadas que deseaban regalarse con su propia cosecha; a nadie le incitaba el deseo de vender, como tampoco había el indispensable deseo de comprar.

Sin embargo, en un momento dado, ocurrió lo que nadie podía sospechar: el reconocimiento de una justa valoración dietética y sanitaria de la fruta, amén de la propaganda gratuita que hicieron los médicos recomendándola, unido todo ello al bienestar y poder adquisitivo, siempre creciente, de las clases trabajadoras.

De repente creóse entonces un señalado desequilibrio en la producción frutera, puesto que la demanda fué extremadamente superior a la oferta.

Al vislumbrarse la realización de sendos beneficios, aquellas comarcas que reunían más aptitudes para la producción, se lanzaron con ahinco al cultivo de frutales en sus tierras libres y, en tal coyuntura, empezó Torroella su explotación frutera con ansias de lucro.

Dada la razón de ser las tierras del Ampurdán y especialmente las situadas en las márgenes del río Ter, poseedoras de condiciones excepcionales para el mejor cultivo de determinados frutales, como son, especialmente, el melocotonero, el peral y el



manzano, a ellos exclusivamente se dedicó el torroellense.

En un principio, la producción melocotonera, no sólo contribuyó a dar plena satisfacción al interés lucrativo del productor, sinó que llegó a más: el melocotón salido de nuestros ubérrimos campos dió renombre y fama a Torroella de Montgrí por su exquisita degustación y presencia.

Es frecuente aún en nuestros días distinguir al torroellense como el nativo *«del país dels bons prèsssecs»*.

Y perdurable será la fama del melocotón de Torroella, como lo será la de las peras de invierno de Puigcerdá o los higos de Fraga o las cerezas de Caldas; comarcas todas ellas que dan crédito a un producto determinado muy apropiado a sus respectivas condiciones climatológicas.

Un tanto deficitaria hoy la producción melocotonera, a consecuencia del inmenso daño que causa el insecto vulgarmente conocido por «la mosca del Mediterráneo», registramos sin embargo un aumento considerable en la producción manzanera.

Por lo visto, la manzana resiste mejor los efectos dañinos de aquel insecto, aun cuando la plaga no deja de plantear un serio problema para el feliz desarrollo de aquellas plantaciones.

Si bien, hoy por hoy, queda centrada la base de nuestra riqueza agrícola principalmente, en las variedades cerealistas, es indudable, no obstante, que el porvenir se nos ofrece esperanzador en el incremento de la producción frutera. La proximidad de importantes centros urbanos—léase de consumo—unido al acusado progreso de los medios de transporte, es lo que nos induce a formular este vaticinio.

Y quien sabe si algún día lograremos contar con la presencia de una industria conservera que permita asegurar no sólo una mayor productividad, sinó que también la necesaria estabilidad en el orden comercial establecido.

JOAQUÍN VERGÉS BENEJAM

